

JULIO BERNÁCER, ENTRE LA EDAD DE PLATA Y «LOS HONTANARES DE LA ALICANTINIDAD»

Juan A. Ríos Carratalá
Universidad de Alicante

El pasado es una dimensión del presente. La reiterada afirmación de quienes analizan la memoria resulta paradójica, pero la reflexión que comporta se evidencia cuando consultamos las fuentes para el conocimiento de lo pretérito en materia literaria. Las originales son valoradas de manera diferente conforme pasan los años y la bibliografía crítica, fruto de unos trabajos que se suceden en un orden histórico, prueba con sus variantes esa dimensión de un presente que condiciona cualquier acercamiento al pasado.

Julio Bernácer (Alicante, 1887-Las Navas del Marqués, 1936) constituye una vaga referencia de los libros y artículos que publiqué durante la década de los ochenta, cuando andaba enfrascado en una quimera: la elaboración de una historia de la literatura en Alicante que evitara el provincianismo. La juventud propicia entusiasmos pronto atemperados por la experiencia. El propósito me sigue interesando, pero en el marco de un escepticismo basado en el escaso eco de una tarea cuyos resultados, por obvios y repetitivos, nunca serán acordes con el esfuerzo realizado.

El riesgo de descubrir el Mediterráneo es una constante, pero aumenta si el objetivo se circunscribe a un ámbito local. Y, además, la aportación del investigador resulta inútil a menudo, máxime cuando quienes camuflaron la obviedad forman parte de un pasado sin continuadores de relieve. Otra amenaza para estos estudios es sobrevalorar los autores locales con la pretensión de justificar así las investigaciones. La táctica, a veces inconsciente y en otras ocasiones interesada, pierde sentido apenas se traspasa el ámbito provinciano, que sólo representa una parte de un conjunto más sugestivo.

Las alternativas a esa quimera de los ochenta me condujeron por derroteros alejados de los juegos florales, los ateneos, las páginas de periódicos escritos para los amigos, las tertulias de rebotica y otros motivos que observo como una ficción de antaño: la provincia. Desde los años noventa, he

dedicado diversos trabajos a la misma y durante su elaboración rememoré la experiencia de desempolvar ediciones, comprobar que permanecieron intonsas en una biblioteca pública, buscar datos entre un océano de olvidos y consultar las aportaciones de quienes me precedieron. Su nómina agrupa unos pocos y repetidos nombres de autores empeñados en mantener el recuerdo de unos literatos que, salvo excepciones, sólo gozaron del reconocimiento en el círculo de una tertulia. Ahora protagonizan los enigmas del callejero local, junto a quienes les dedicaron estudios para glosar «los hontanares de la alicantinidad» gracias a la creatividad de la retórica. La Historia, conviene reconocerlo, no pondera el esfuerzo al margen del resultado, pero acierta en su proceso selectivo, con las excepciones que permiten reivindicar a las víctimas del olvido y curiosear a la espera de «un descubrimiento» en materia literaria.

Julio Bernácer podría ejemplificar esta posibilidad en el marco de un período donde coincidieron destacados representantes de la cultura local. La nombradía de «los amigos-hermanos» evocados por Gabriel Miró alienta la especulación sobre un correlato alicantino de la Edad de Plata trazada por José-Carlos Mainer, pero la expectativa de añadir un literato a los motivos de orgullo se difumina cuando, mientras leemos sus novelas, comedias y poesías, consultamos la bibliografía sobre las mismas. La trayectoria del hermano menor de Germán Bernácer sólo ha despertado interés en Alicante; poco y nunca renovado, a diferencia de lo sucedido con el citado economista, que no compartió la condición jovial y dicharachera de su atildado y glotón familiar.

Las obras de Julio Bernácer fueron editadas por Rafael Caro Raggio en Madrid, donde el alicantino residió desde 1932 siguiendo el camino de su hermano y tras obtener el traslado de la Compañía Arrendataria de Tabacos, a cuyo servicio trabajaba como perito mercantil («oficial»). La tipografía del cuñado de Pío Baroja era prestigiosa y se llegaron a tirar hasta dos mil quinientos ejemplares de una misma novela, tal vez por la contribución económica del autor. No obstante, el eco de unos textos «transidos de amargura» a la búsqueda de un ideal, trasnochado, se limita a las reseñas de *El Sol* y *ABC*. Las primeras las redactó el periodista alicantino Antonio Ballesteros de Martos y las del diario monárquico corresponden a José López

Prudencio que, en la estela de Marcelino Menéndez Pelayo, especulaba sobre la identidad extremeña al servicio de la Patria mientras ejercía de crítico con la pompa y circunstancia del momento.

Estas líneas de acogida en el Parnaso y las relaciones personales de Julio Bernácer, «un poeta vibrante y culto literato» (*ABC*, 27-XI-1929), le permitieron colaborar en *Blanco y Negro*, exponer su concepto del Arte ante «la selecta concurrencia femenina» del Lyceum Club (7-V-1932), reivindicar las fuentes clásicas frente al vanguardismo, lamentar la frivolidad de los tiempos, exigir el vuelo del «pájaro azul» (Maeterlinck) -para escapar de «la grey materializada y claudicante» que arrastra «la triste penuria mental» cuyo reflejo es «una estéril batología abyecta» (sic)- y triunfar en los Juegos Florales de la Raza, organizados por la Unión Española de la Clase Media el 21 de octubre de 1934, mientras el país asistía a un prolegómeno de la guerra civil. El acto fue presidido por el diputado agrarista Antonio Royo Villanueva, cuyo «vibrante discurso» apeló a los poetas para exaltar la unidad de la Patria frente al separatismo. El contraste entre una poesía anclada en el pasado («la miel de los cálices pródigos») y la actualidad política evidencia la autonomía del Ideal como creación retórica en un país donde, a tenor de las crónicas, esa clase media apenas estaba dispuesta a moderar el enfrentamiento. Tal vez porque nunca comprendió a quienes fundaban la alegría del vivir «sobre bien deleznable cimientos» y acercaban sus labios a «la inutilidad de las flores exhaustas» (*Alquimia espiritual*).

El bagaje de estos agitados años en Madrid permite incluir a Julio Bernácer entre los admiradores de Eduardo Maquina que, elegantes y aristocráticos, andaban a la búsqueda de un ideal redentor para la Patria con su correlato femenino. Las flores de las letras no olvidaban el misticismo, pero se repartían entre los altares de la belleza, pura hasta el sacrificio, y de una Raza entusiasta ante la epopeya de los mejores. El norte de estos literatos de fino bigote e inequívoca ideología es similar al perseguido por el protagonista de *Cazador de sombras* (1933), el joven Agustín Ribalta, cuyo objetivo era vencer «el tráfico de frivolidad superficial y vacía en que se engolfa el inmenso rebaño multitudinario y plebeyo de las almas capaces de alucinarse con los

esplendores y estrépitos de los días huecos de contenido capaz de imprimir una huella estimable en el camino de los nobles anhelos» (*ABC*, 8-XII-1933). El párrafo de José López Prudencio debe ser leído con la vista puesta en lontananza, al igual que la novela reseñada.

El «tráfico de frivolidad» de los «días huecos», la II República, preocuparía a Julio Bernácer, que ya en 1925 abomina del «sufragismo» (*Alquimia espiritual*) por su dependencia de una mayoría leiga y, en 1929, se declara hombre de su tiempo, «a pesar del cabaret, los estupefacientes, el industrialismo y el superrealismo» (*Infantilia*). La mezcla de los males del momento parece caprichosa, pero la compartieron otros autores ahora sepultados por el olvido. Tal vez porque, como Julio Bernácer, escribieron desde un refugio anclado en un pasado fruto del deseo y la necesidad. La historia literaria apenas les presta atención, aunque su existencia ayuda a comprender las tensiones del momento y las rémoras de la renovación.

Estos próceres nunca descendieron al «fango de la política», pero Julio Bernácer y otros alicantinos en 1931 firmaron el manifiesto de la Agrupación al Servicio de la República encabezado por José Ortega y Gasset, Gregorio Marañón y Ramón Pérez de Ayala. La evolución de estos republicanos sin partido y predispuestos al apostolado fue dispar. Algunos pronto responsabilizaron al nuevo régimen por la concreción de todas las amenazas, incluidas la del cabaret, el jazz-band y «las rubias superoxigenadas» que fascinaban a Ortega y recreó en *El tiempo de la desmesura* (Barcelona, Barral y Barril, 2010). Sus protagonistas son hedonistas, materialistas y padecen las amarguras de un ambiente «exasperante, contrario a la dulzura del amor; ese amor que él [Agustín Ribalta] gustaba soñar revestido de clámide griega, coronado de rosas, impregnado de claridades, envuelto en lumbre jubilosa de mañana» (*Cazador...*, p. 64). El ocioso joven de familia adinerada, portavoz del novelista, anda a la búsqueda de «mariposuelas lindas y brillantes a las que poseyera la rara gema de un sentimiento bello» (p. 33). El propósito ya había sido compartido con similar suerte por otro protagonista, Atilio Garcés, y en aquellos tiempos republicanos y desmesurados parecía imposible. La

consiguiente desdicha de «las almas de los elegidos» propiciaría una rebeldía, justificada en julio de 1936, cuando tantas frustraciones confluyeron.

Mientras llega esa llamada redentora, el personaje de Julio Bemácer desespera, sobre todo tras la muerte de Isolda.-lo literario del nombre es intencional- y la inevitable locura del amante que, después de un fracaso matrimonial y el fallecimiento de una hija, decide marcharse a Moscú para olvidar una existencia ajena al Ideal. Allí permanece aislado, pero termina familiarizándose con algunas personas y, para evitar cualquier asomo de reconciliación con la frivolidad, acaba en una aldea rusa entre cuyos hielos encuentra la «liberación» de la muerte. Atilio Garcés, su antecedente, también disfrutó de «la suprema dulzura de sentirse sumergir, poco a poco, en la infinita paz». Los ejemplares de *Cazador de sombras* consultados permanecían intonsos en su parte final, tal vez porque los lectores son tan frívolos como las mujeres que se suceden en la vida de Agustín Ribalta.

El bagaje literario de Julio Bemácer, «el señor de la palabra», está jalonado con flores naturales en diversos certámenes y no justifica la melancolía del fracaso, cuya estética gozaba de predicamento en los círculos cultos del conservadurismo. Los reconocimientos por su labor se dieron en la escala de unas letras provincianas y en periódicos como *El Luchador*, *El Tiempo* y *El Diario de Alicante*, donde nadie ejercía la censura de un autor local o propiciaba la polémica, por indecorosas e inoportunas entre caballeros. La relación de los galardones poéticos de Julio Bemácer sugiere el costumbrismo de una práctica literaria cuya carácter sociológico es más relevante que el creativo. También el político, a tenor de las reseñas publicadas con motivo de los juegos celebrados en Almansa, donde el poeta alicantino fue galardonado (*El Herald*, 6-V-1913).

En cualquier caso, el balance de los años madriños del autor, aquellos que podrían haber supuesto un paso adelante, resulta escaso a tenor de los datos. Al menos para quien estaba acostumbrado a publicar desde 1908, obtener flores naturales de la mano de Felipe Trigo o Gregorio Martínez Sierra (María Lejárraga), participar en justas poéticas con madrinas seleccionadas entre las señoritas del lugar, disfrutar de las tertulias gracias a su carácter jovial

y compartir las cabeceras de unos periódicos fruto del empeño de un amigo. El salto a Madrid era difícil, aunque Julio Bernácer –a diferencia de Gabriel Miró– contara con empleo y sueldo asegurados gracias a la Compañía Arrendataria de Tabacos, la propietaria de una fábrica en Alicante que le inspiraría recuerdos literarios. No por sus obreras al modo de los cuentos de Rafael Altamira, sino por la cercanía de un castillo que vigilaba el azul del Mediterráneo.

El vuelo de las letras provincianas suele ser gallináceo. La altura de las mismas satisface al destinatario cómplice a base de retórica, acumulada en un sinfín de recursos como fruto de una lectura con efectos miméticos. A menudo, el autor tan sólo es un lector deslumbrado. La pobreza de los resultados queda compensada con unas caídas que apenas revisten gravedad más allá de la melancolía. La alternativa en Madrid o Barcelona se impone para aquellos literatos con una aspiración cuyo objetivo desborda el ámbito de una tertulia local. El amor a Alicante –su «levante mágico y glorioso»– del que hace gala Julio Bernácer y la amistad con un círculo de creadores, profesionales e intelectuales (Vicente Bañuls, Emilio Varela, José Guardiola Ortiz, Francisco Figueras Pacheco, Óscar Esplá, Carlos Carbonell, Eduardo Irlés, Emilio Costa, José Chápuli, Rafael Bas, Plácido Gras...) no evitaron el deseo de seguir el camino del hermano y presentarse en la capital para culminar una obra de veinticinco años. La triste suerte de Gabriel Miró podría haberle servido de aviso, pero el literato se sentiría un «alma elegida» -como sus protagonistas- y pretendería con el traslado aliviar «las asperezas del presente» gracias a la gloria de un Parnaso sin sucursales en las capitales de provincia.

La decisión de Julio Bernácer no varió su rumbo literario a tenor de lo conservado, salvo por el intento de incorporar la temática social a unos dramas (*Parados, Los hijos...*) sin posibilidad de estreno y con antecedentes redactados en su ciudad natal. Rafael Caro Raggio los imprimió a finales de los años veinte: *Laboratorio, El amor es cursi, Luisa Fernanda...* Las intemporales poesías recopiladas en *Cantos a bordo* –volumen editado en mayo de 1936– tampoco registran cambios con respecto a las «fluidas y sonoras» de su etapa alicantina, en cuyas estrofas, «transidas de emoción humana, hay aleteos de

águila real y ecos y efluvios de honduras filosóficas», según un Ginés Alberola Rodríguez que, en 1952, gustaba de esta retórica. La tarea de Julio Bernácer en Madrid quedó diluida en un período cuyos protagonistas, los recordados por la selectiva Historia, andaban en otras direcciones para escribir sin olvidar la sintonía de los tiempos. Al cabo de los años, su trayectoria de poeta laureado y novelista de estilo «enjoyado» sólo ha merecido estudios localistas; es decir, el anonimato, aunque sea compartido en unos volúmenes que reivindicán la literatura dedicada a «los hontanares de la alicantinidad» y otras creaciones de la metafísica.

Un ejemplo es el volumen publicado en 1981 por el Instituto de Estudios Alicantinos (*Julio Bernácer. Ensayo biográfico-crítico*), donde figuran los trabajos de quienes integraban su Sección de Filología y Literatura. Al repasarlos, se observa la continuidad del silencio sobre cuestiones polémicas como las circunstancias de la muerte del autor en Las Navas del Marqués, cuando lo improbable era fallecer por causas naturales. El fusilamiento junto a otros «veraneantes» el «18 de noviembre de 1936» se remite a una confusa nota a pie de página que, al menos, desmiente la tremendista versión facilitada por Ginés Alberola Rodríguez en un artículo de la revista *Sigüenza* (noviembre, 1952), El episodio protagonizado por Julio Bernácer, «aventajado adalid en el campo de las letras hispanas y mártir», no aparece en las sucesivas y ampliadas ediciones de *Las armas y las letras* (2010, 3ª ed.), de un Andrés Trapiello que habrá considerado irrelevante la muerte de un literato local, aunque fuera trágica. Tampoco figura en la miscelánea de Tomás García Yebra, *Historia secreta de Las Navas del Marqués* (2001), donde se da cuenta de las «hazañas» de la columna Manglada por aquellos parajes durante las primeras semanas de la guerra. El problema es que, desde el 22 de octubre, el pueblo estaba en poder de los rebeldes y parece improbable que en noviembre se dedicaran a fusilar veraneantes como Julio Bernácer por ser colaborador de *Blanco y Negro*.

El volumen de 1981 también muestra la influencia de los inevitables comentarios de texto de aquella época, que tanto hicieron por la descripción y tan poco por la comprensión del fenómeno literario. Los recursos retóricos de

Julio Bernácer son de manual y su profusión facilita la elaboración de un listado, pero quedó pendiente la caracterización de un escritor y lector de provincias a principios de siglo. Como tal, el alicantino siguió la senda de un achacoso Romanticismo -«creció en el vergel becqueriano» (Vicente Ramos)- que desembocó en un Modernismo trufado por la herencia de las novelas de folletín. El balance sugiere lecturas incapaces de alentar una vía propia y acorde con los tiempos, aunque los mismos eran otros en un ámbito provinciano donde las rupturas resultaban inverosímiles. La novelística de Benito Pérez Galdós y Leopoldo Alas debería bastar para sustentar esta afirmación.

La consulta de *Infantilia*, un volumen publicado en 1929 tras la muerte del comerciante Antonio Bernácer Pérez, despierta el interés del lector. El recuerdo de la infancia de Julio Bernácer y la nostalgia envuelven unos textos cuya belleza guarda un equilibrio ausente en otras obras del autor. La aparición del hermano mayor (Germán) junto con el resto de la familia y de lugares identificables en la experiencia de un alicantino de entresiglos aportan atractivo a la lectura. El mismo descansa, fundamentalmente, en el lenguaje de quien sería un lector de románticos y modernistas que le inmunizaban ante «las asperezas del presente». Sin embargo, ese mismo estilo se convierte en un lastre cuando se traslada a unas novelas donde la descripción de paisajes y emociones se debe compatibilizar con diferentes elementos. Julio Bernácer acierta al evocar la experiencia infantil con una delicadeza que merecería una reedición ilustrada con pinturas de Emilio Varela y fotografías de la época. *Infantilia* se leería así con el agrado de la curiosidad satisfecha, pero el autor se deja llevar por un cúmulo de lecturas cuando abarca otras experiencias, las elabora en forma de novela y las trasciende con sus planteamientos. No resultaban anacrónicos en aquella España, pero evidenciaban una mentalidad recluida en el ideal de un imaginario pasado.

La relación de Julio Bernácer con Gabriel Miró es de amistad y admiración, compartida con otros alicantinos de la época que tuvieron en la figura del novelista un referente por su proyección nacional. Los testimonios conservados de esa amistad prueban la participación en empresas comunes y

la coincidencia en actos culturales, pero no indican que dicha relación alcanzara la confianza perceptible en la lectura del epistolario entre el novelista y Germán Bernácer. En cualquier caso, la admiración no supone una coincidencia de estilos o mundos literarios, salvo que pretendamos extender la luz de una figura a la de su ámbito local para dar mayor relevancia a este último, «el huerto provinciano» en el que Gabriel Miró se movió con dificultades derivadas de la estrechez.

El autor de *El obispo leproso* fue hombre de pocos arrestos para la vida práctica en una ciudad de provincias, pero destaca con respecto a los literatos locales porque, entre otros motivos, cuenta con una personalidad propia. Su hondura se capta en las más destacadas novelas, aquellas que le definen tras repudiar otras donde Gabriel Miró sólo era un principiante abrumado por las lecturas de la juventud, al igual que algunos de sus «amigos-hermanos» incapaces de superar esta primera y equívoca fase. El sentido crítico y la exigencia del autor establecen las distancias con respecto a quienes le admiraban y, a veces, le leían. Esas novelas de madurez del alicantino configuran un mundo peculiar en el marco del novecentismo y compatible con numerosas referencias propias de su cultura literaria. La combinación no se produce en su amigo Julio Bernácer, cuya prosa «enjoyada» busca elogios como el vertido por Salvador Rueda acerca de la cultivada por Gabriel Miró: «Es nutridísima de abejas que labran la santa miel de la palabra».

Esta retórica gustaba en los banquetes literarios a la hora de los postres, pero apenas capta las peculiaridades del texto y es motivo de engaños entre el auditorio. El estilo de Julio Bernácer revela un artificio, ajeno al mironiano, en su obsesiva búsqueda de «la santa miel de la palabra» a base de una adjetivación cuyos excesos disimulan la falta de sustancia. Algunos fragmentos de sus novelas darían sentido a las palabras de Salvador Sellés cuando se refería a «las majaderías de oropel» cultivadas por los colegas modernistas. El problema se agrava en este caso porque Julio Bernácer utiliza recursos cercanos al folletín decimonónico, que todavía gozaba de predicamento y fueron puestos de relieve por Enrique Rubio Cremades en el citado volumen de 1981. El distinto tratamiento de las materias religiosas y eróticas por parte de

Gabriel Miró y su amigo también es un indicativo de sus diferentes personalidades literarias.

Julio Bernácer es hijo de una familia de comerciantes asentada en «la aristocrática calle de la Princesa» (actual Rafael Altamira), cuya evocación en un entorno frente al mar aparece en sus creaciones, siempre al margen del costumbrismo. El perito mercantil con sensibilidad de poeta compaginaba las oficinas y la docencia del alemán en la Escuela Profesional de Comercio (*Gaceta de Instrucción Pública y Bellas Artes*, 15-XII-1908) junto a su hermano, mientras cultivaba la creación literaria. El laureado vate se debatiría entre las mañanas burocráticas y el Ideal de las veladas en el Ateneo Científico, Literario y Artístico, al igual que su protagonista Atilio Garcés: un pintor alicantino «hambriento de Ideal» e «insatisfecho siempre en sus afanes de amor» (*ABC*, 13-IX-1927) a lo largo de la novela que le dedicó Julio Bernácer sin necesidad de concretar su mirada en Emilio Varela, que también tendría sus motivos para el desencanto y la inercia en una ciudad provinciana. El verdadero pintor compartía con el protagonista el deseo de trasladar al lienzo «las amonías luminosas de su Levante prodigioso», pero no fue rechazado por suegras beatas ni tuvo amores con actrices tuberculosas para terminar en la teosofía. La literatura siempre se impuso a la realidad en la creación de Julio Bernácer.

El riesgo de estas trayectorias en la senda de un Romanticismo trasnochado era acumular desilusiones «hasta llegar al renunciamiento de todo en un fatal *tedium vitae*»: un ansia de ser, que «dulcemente va tornándose deseo de no ser». Para evitar semejante angustia, Julio Bernácer disfrutó junto a su hermano de la amistad gracias a un grupo selecto de creadores e intelectuales. Desde la publicación de su primer volumen, *Canciones de la soledad y otros poemas* (1908), escrito en la estela del encuentro de los vates locales con Salvador Rueda -«el príncipe de los poetas», según el *Diario de Alicante*- en la isla de Tabarca, hasta la proclamación de la II República transcurrieron unos años cuyo balance justifica el interés preferente de los estudios acerca de la cultura local. Vicente Ramos es rotundo al respecto: «Todo en la urbe alicantina –naturaleza y espíritu- contribuyó, a lo largo de las dos primeras décadas de nuestro siglo, a la consecución de un cabal y fragante

florecimiento modernista de vieja inspiración apolínea y melancólico acento romántico» (*Julio Bernácer...*, p. 197).

Tal vez no sea preciso recurrir a la metafísica del espíritu y de una naturaleza congénita -«Si, como hija del mar, la ciudad de Alicante se goza en alas de brisa y cantos de espuma, los alicantinos, criaturas de tan mágico paraíso, viven, sientan y piensan con ritmo azul de horizontes, de astros de luz transcendidos» (ibid.)-, aunque la retórica se mantuviera en 1981 al margen de la evolución de los estudios literarios. Las razones de este florecer de personalidades en «el huerto provinciano» que analicé en 1999, en un volumen colectivo dedicado a los inicios de la modernización en Alicante, son más prosaicas y, sobre todo, no responden a una motivación atemporal relacionada con la naturaleza y el espíritu.

El «mágico paraíso» era una apacible capital de provincias capaz de generar una minoría culta, sensible y con ansias de emprender tareas conjuntas que marcaron con su regeneracionismo la vida intelectual y creativa de aquella edad de plata. Sus resultados se concretaron en periódicos como el *Diario de Alicante*, certámenes poéticos, exposiciones de pintura, agrupaciones ateneísticas, tertulias y otras manifestaciones de un discurrir protagonizado por una reiterada nómina de amigos. Las variaciones en la misma se relacionan con ausencias, como las que permitieron ampliar estudios en el extranjero a Emilio Varela u Óscar Esplá, y viajes a la búsqueda de horizontes, que eran cortos en una capital sin capacidad para profesionalizar la actividad creativa. Las penurias de Gabriel Miró ejemplifican esta circunstancia, pero tampoco es casual que algunos de sus precedentes, como Rafael Altamira o Carlos Arniches, triunfaran cuando dejaron atrás una ciudad natal que amaban; desde la distancia. Las alicantinas, mientras tanto, no contaban para estos menesteres de la creación, salvo como destinatarias de algún poema, madrinas de las justas poéticas o referentes de sensibilidad y belleza.

El extrovertido e ingenioso Julio Bernácer fue perito mercantil porque en Alicante no había alternativas en materia de estudios. Esta estrechez también se percibe en el ámbito creativo, que ahogó a pintores melancólicos y dubitativos como Emilio Varela, el amigo de los hermanos Bernácer que nunca

terminó de irse para seguir la senda de quienes escaparon, antes o después, de una vida tan apacible como limitada. Valery Larbaud definió Alicante como «la ville idéale pour travailler loin de l'atmosphère irrespirable de la guerre» durante su estancia (1916-1920). El ideal de paseos, tertulias, amistades, amores y lecturas sin agobios económicos tenía fecha de caducidad y, en el caso del literato francés, permitía una salida, que no siempre estuvo a disposición de quienes dejó en Alicante. La desgraciada trayectoria de su predilecto Eduardo Irlés podría ser un ejemplo desde el momento en que otra guerra, la de 1936-1939, desnortó a los «hermano-amigos» que deambulaban por el limbo de las depuraciones, el ostracismo y la melancolía (Emilio Varela, Óscar Esplá, Germán Bernácer, Eduardo Irlés...) en una ciudad empedregada donde el exilio (José Costa) y la cárcel (Gastón Castelló, Miguel Hernández...) de los protagonistas de la vida cultural formaban parte de un silencio coherente con la ausencia de imágenes. Esta oscuridad de la posguerra contrasta con la luminosidad de una «edad de plata» cuya memoria permanece gracias a numerosas fotografías. Sus imágenes permiten ilustrar las noticias de la prensa local, los cuadros costumbristas en la estela de los cuentos de Rafael Altamira, las evocaciones de autores adscritos a diferentes corrientes y amantes de su ciudad y, por supuesto, los estudios de quienes se han ocupado de esta actividad, a veces con entusiasmo desmedido. El conjunto es sugestivo, incluso propicia el orgullo entre los alicantinos, pero ese pasado apenas supone una dimensión de nuestro presente.

Al margen de la retórica de los homenajes, a veces realizados con un descuido imperdonable y la sensación de lo forzado, a partir de los años sesenta Alicante decidió olvidar la herencia de esa supuesta edad de plata, ya disgregada y alicorta desde la posguerra. Sus intelectuales y creadores nunca desempeñaron una función de liderazgo, incluso fueron ignorados por los coterráneos como lamentara Gabriel Miró, pero sus obras literarias y pictóricas guardan correspondencia con la imagen de una ciudad acogedora cuyas señas de identidad eran ensalzadas. El proceso de desafección a esa memoria no cuenta con teóricos o manifiestos, ni siquiera protagonistas que se reconozcan como tales, pero se observa a simple vista. El empirismo de un paseo por las

calles céntricas depara imágenes carentes de personalidad, incoherentes y en abierto contraste con las de antaño. La pretensión de conservar los lugares de la memoria puede llevar al absurdo, pero el mismo –con el inevitable capricho– se percibe en la realidad de su antítesis: la voluntad de borrar cualquier vestigio de una ciudad que, dentro de sus posibilidades, fue apacible y entrañable a tenor de los testimonios conservados. Los admiramos por la belleza de lo coherente, aunque imaginemos otros ajenos a las postales y que sólo fueron captados por la mirada de Henri Cartier Bresson, en 1932, porque los fotógrafos locales compartían las restricciones de sus colegas literatos.

La edad de plata se convierte así en una de oro, pero remitida como tal a un quijotesco imaginario repleto de utopías y quimeras; sin el contraste con evidencias que permitan establecer el pasado de Alicante como una dimensión del presente. Los responsables de semejante desaguisado tienen nombres y apellidos, con sus correspondientes beneficios de depredadores de la ciudad. Sus personalidades, no obstante, ahora se diluyen gracias a las siglas empresariales o políticas y entre una colectividad que, salvo excepciones, ha optado por la indiferencia ante la progresiva pérdida de identidad, aunque sea la de unos lugares de la memoria reducidos a lo arquitectónico o urbanístico. El resultado es un indigesto pastiche cuyos hitos se han incorporado a una geografía de la vulgaridad. Su evidencia nos aleja del disfrute de un pasado común, en cuyo marco las sensibles obras de algunos literatos locales se han convertido, con el paso de las últimas décadas, en una referencia no sólo lejana, sino esotérica más allá de una imaginación carente de contraste con la realidad. Esta circunstancia no impide su lectura o estudio, pero desde una distancia que convierte a los textos en una evocación ajena. Y, descartada la satisfacción del lector por el encuentro con un espacio de la memoria, sólo queda el valor literario, que suele ser el propio de una ciudad donde sus autores debían escapar para incorporarse al devenir de las letras.

La labor realizada durante la etapa democrática en el campo de los estudios locales ha sido notable. Desde aquel lejano volumen de 1981 hasta el presente, los conocimientos sobre la época de Julio Bernácer y sus amigos han abarcado facetas que, por entonces, parecían propias de una «ciudad

fantástica». Tal vez se haya llegado a una fase donde las reiteraciones resultan inevitables cuando atañen a lo fundamental, aquello que nos interesa y define como colectividad al margen de la erudición. El nuevo desafío sería plantearse hasta qué punto esos autores de la supuesta edad de plata impregnaron la mentalidad de una ciudad que, apenas llegada la primera oportunidad, decidió prescindir de las imágenes de su pasado, la belleza de lo peculiar y el equilibrio de lo sencillo. Un economista con mentalidad de humanista como Germán Bernácer podría explicar las razones de esta apuesta por el beneficio inmediato, tan alicorta como destructiva y ajena al concepto de felicidad que defendió en los ensayos de «mecánica social». Su fallecimiento le libró de semejante experiencia, pero por esas fechas las palabras del hermano y el conjunto de sus amigos ya se habían colocado en el ámbito del homenaje, que facilita la admiración mientras anula la virtualidad del pasado como dimensión del presente. Puestos en la hornacina de los hijos predilectos, ya no cabe el diálogo y prevalece una curiosidad o una erudición capaces de alumbrar atinadas páginas, aunque superfluas a la hora de comprender las razones de un entorno desdibujado. Su imagen intercambiable, conviene admitirlo, es propia de los «crematorios» descritos por Rafael Chirbes.